

# COMUNICACIÓN Y CIUDAD: LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN Y ENCUENTROS CON LA HISTORIA CULTURAL URBANA

Daniel Badenes

Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires /  
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

[dani@badenes.com.ar](mailto:dani@badenes.com.ar)

## Resumen

Tras su ruptura con el “mediacentrismo”, la comunicación se ha dado múltiples objetos de estudio. Este ensayo se dedica a uno de ellos: la ciudad. Las investigaciones que problematizan la relación comunicación / cultura / ciudad se consolidaron a principios de los 90, con la organización de espacios académicos específicos, la formulación de proyectos de investigación y la publicación de “hitos” editoriales.

Tras reconocer entre una pluralidad de miradas sobre lo urbano la emergencia de los estudios culturales, se asume aquí el desafío de esbozar un “estado de la cuestión”: trazar un mapa a partir de las huellas que dejó el andar de otros investigadores, para no repetir recorridos sino ir más allá. Asimismo, se articulan aportes de los estudios sociales sobre la memoria.

El panorama se construye sobre cuatro líneas de trabajo: una que prioriza las prácticas urbanas en la ciudad vivida, otra que enfoca los imaginarios o las representaciones sobre la ciudad, el debate sobre una ciudad en proceso de transformación (posmoderna, post-industrial), y ciertas lecturas del espacio urbano como un relato en sí mismo. Finalmente, se señalan puntos de encuentro con la “historia cultural urbana”, entendida como un área de estudios diferenciada de la historia urbanística clásica.

*“La ciudad ocupa hoy un lugar estratégico en el cruce de los debates teóricos con los proyectos políticos, de las experimentaciones estéticas y las utopías comunitarias. Lo cual nos está exigiendo un pensamiento nómada, capaz de burlar los compartimentos de las disciplinas y convocar los diversos lenguajes de las ciencias y las artes, confrontar la índole de los diferentes instrumentos teóricos, descriptivos, interpretativos, e integrar saberes y prácticas: la comunicación con el drama urbano, la música con el ambiente y el paisaje, la arquitectura con los trayectos y los relatos, el diseño con memoria y la ciudad” (Jesús Martín-Barbero)*

El objetivo de este ensayo es, quizá, modesto. No viene a proponer ningún “estreno” en el orden de las ideas, sino más bien a poner algunas ideas en orden. Pensar la ciudad desde la comunicación y la cultura no es nuevo, mas sí reciente. En nuestra región data de los años ochenta, como parte de ese corrimiento del objeto de estudio que se sintetizó en el pasaje *de los medios a las mediaciones*, según la consagrada expresión utilizada por Martín-Barbero (1987). Valga mencionar ese hito –como podrían citarse obras de otros investigadores, como el *Proyecto de comunicación / cultura* de Schmucler o la *Propuesta de una genealogía de la comunicación* de Mattelart– para dar cuenta del bosque de desplazamientos teóricos cuyas significaciones, motivaciones y alcances ya han sido trabajados en otros textos.

Sabemos que una consecuencia de ese abandono del *mediocentrismo*, para indagar la comunicación en tanto proceso cultural de producción, reproducción, circulación y usos de significados sociales, y como cuestión de sujetos y no sólo de aparatos (...sean tecnológicos o *ideológicos del estado*), es la emergencia de nuevos temas de estudio: las culturas juveniles, los movimientos sociales, la ciudad como espacio de comunicación.

Ese será el punto de partida de este ensayo. La reciente consolidación de los estudios de *comunicación y ciudad* plantea el desafío de construir un “estado de la cuestión”. Sobre huellas que otros investigadores han dejado en el andar, es hora de empezar a reconocer esas trazas para no repetir recorridos sino poder ir más allá.

Si algo nuevo hay aquí es el mapa, o la búsqueda de un mapa, que necesariamente será móvil y provisorio: lo será por la propia dinámica de la investigación –y mucho más en el campo de la comunicación, donde el desapego a tradiciones disciplinares resulta una ventaja– y también porque otros podrán completarlo, no sólo leyendo lo que vendrá, sino ejercitando nuevas miradas retrospectivas. Ciertamente, la tarea realizada de cartografiar autores, centros de investigación, trabajos existentes y tendencias, en la que se asienta este escrito, hizo a la expresión “trabajo exploratorio” más significativa que nunca. Las citas, que encadenaron un texto con otro, fueron *pistas* de esa tarea que exigió consultar múltiples bibliotecas públicas y particulares, y constató la des-conexión y otras “pobrezas” (González, 1994) que caracterizan a las condiciones de producción de las ciencias sociales en América Latina.

El objetivo de este texto, en fin, es ofrecer un panorama sobre ciertas líneas de investigación. Nos abocaremos a los trabajos sobre *comunicación y ciudad*, sugiriendo un ordenamiento que articulará además ciertas indagaciones sobre la construcción social de relatos sobre el pasado, en especial en lo referido a los *lugares de memoria* (1). Por último, como consecuencia de un cruce

de lecturas quizá tan imprevisto como inevitable, se postularán algunas reflexiones sobre la denominada *historia cultural urbana*.

Un exordio: lo urbano como un objeto en construcción

La opción por abordar la ciudad desde el campo de la comunicación, entre otros posibles, supone la coexistencia de múltiples miradas sobre el espacio urbano. No hay, por tanto, una definición unívoca de *la ciudad*, que históricamente se ha podido conceptualizar desde diversos criterios: el *tamaño* (amplitud territorial, número de habitantes) o bien la *densidad de población*, cierta *morfología* (presencia calles, plazas, vías de comunicación), los *sectores de producción* (predominio de la industria o los servicios), etcétera. Estas primeras aproximaciones, en general vinculadas a enfoques cuantitativos, tenían poco de reflexión sociocultural.

Raymond Williams (2001), uno de los *padres* de los estudios culturales ingleses, no admite ver a la ciudad desde un concepto estático y definitivo. *Campo y ciudad*, afirma, son sólo dos tipos de asentamientos humanos, entre muchos, cuya definición por contraste es una de las formas en que se toma conciencia de la experiencia. No obstante, la dicotomía en que se asientan algunas definiciones se quiebra al observar que ambas realidades están vinculadas en una historia común de modo que uno y otro se impactan mutuamente. Ejemplifica: el campo nunca fue *paisaje* antes de la llegada de un observador ocioso, que pudiera establecer una distancia en la relación con la naturaleza. Y la ciudad, tal como la conocemos, no hubiera sido posible sin la producción rural.

Asociados a estados del espíritu y del sentimiento, para Williams *campo y ciudad* son “imágenes socialmente construidas” como culminación de un proceso de especialización del trabajo, cada una asociada a ciertos sentidos (el pasado y el futuro, lo agrícola y lo industrial, etcétera). Desde su enfoque culturalista, más que hablar de la ciudad –lo que parece suponer un objeto físico con límites y definiciones demográficas–, Williams habla de “la experiencia metropolitana”.

Este planteo es compartido por otros autores claves en la configuración de un área de reflexión cultural sobre la ciudad. Armando Silva habla de *lo urbano como actitud*, y señala que actualmente ésta supera las fronteras de la ciudad: “Salimos de las ciudades, que son algo físico, pero no de lo urbano, que es estructural, que nos alcanza y envuelve”.

Así, una preocupación central de los estudios culturales será caracterizar la experiencia metropolitana. Para Richard Sennet, “es probable que existan tantas ciudades como maneras diferentes de concebir lo que es la ciudad. En consecuencia una simple definición tiene sus atractivos. *La más simple es la que se refiere a que una ciudad es una colonia humana en donde los extraños posiblemente se conozcan*. Para que esta definición sustente una verdad, el entorno debe tener una población extensa, heterogénea; la población debe estar unida y no esparcida; las transacciones entre la población deben producir esta interacción masiva y densa” (Sennet, 1978: 54). De Certeau (1996) hablará de la ciudad como el lugar de lo imprevisto, y *el más desmesurado de los textos humanos*. Para Alicia Entel (1996), por su parte, la ciudad es un *hormiguelo humano con historias grupales, heterogeneidades, identidades y cotidianidad presente*.

Pensado desde la comunicación, este objeto suele ser una excusa –una entrada posible– para abordar otros procesos. Esto se debe a que las ciudades son lugares de simbolización o representación de la existencia; cristalizaciones de procesos políticos y culturales; en fin, espacios de “producción, circulación, consumo y reproducción de sentidos socialmente construidos. La ciudad entendida no exclusivamente desde su imperativo territorial, ni como la suma de acciones ciudadanas aisladas, sino fundamentalmente como red de interacciones, como trama social que interpela de diversas maneras a actores ubicados históricamente, estructurándolos y siendo estructurados por ella” (Varela, 2003: 147-148).

Itinerarios del pensamiento sobre la ciudad

La ciudad, por supuesto, no se pensó siempre de la misma manera. Más allá del campo de la comunicación los estudios sobre las ciudades han producido múltiples miradas, para cuyo repaso tomamos básicamente el texto de Gorelik (2004) sobre el pensamiento en cultura urbana. No se trata aquí de hacer una genealogía sobre los estudios culturales, sino de ver a grandes rasgos cómo y cuándo éstos emergen con cierta preeminencia.

Hay básicamente dos miradas iniciales sobre la ciudad. Las que provenían de la arquitectura, en su sentido más tradicional, pusieron especial atención en los estilos y diseños urbanos, más que la ciudad como hábitat de sujetos sociales. En segundo lugar, los enfoques costumbristas apuntaron a describir emergentes coloridos de la ciudad: la obra de Fray Mocho y Roberto Payró son ejemplos interesantes en la literatura argentina. Ambas miradas tienden a ser *celebratorias*: hablan de un circuito de hechos y lugares, cuyo armado no difiere demasiado de un circuito turístico.

Siguiendo a Rojas Mix (2006a), podría señalarse también a la mirada *cartográfica* entre las primeras aproximaciones. La cartografía es una herramienta de registro y control, pero también *una forma de representación* de la ciudad, en la que prima una geometría abstracta que intenta “objetivar” la visión.

Luego la sociología enfocó la ciudad: para ella, constituía un objeto de interés por ser el ambiente de la industria. Las reflexiones

refirieron a la dinámica del desarrollo económico en la modernidad capitalista. En esa línea trabajaron la planificación desarrollista y las teorías de la modernización, cuyo dilema central fue: ¿cómo acelerar la urbanización sin exacerbar los problemas que vienen asociados con el crecimiento urbano?

Pronto emergió una sociología basada en la crítica ideológica a la planificación, que Gorelik conceptualiza como el pasaje de la acción técnica a la crítica. Contra aquellas miradas surgieron otras en tono de denuncia, que concibieron una *ciudad del conflicto*. La nueva sociología urbana violentó “el esquema concéntrico para denunciar su carácter ideológico, para iluminar todo aquello que quedó en sus márgenes e intersticios. Estas miradas nos proponen un viaje transversal, accidentado, que cruza avenidas, vías ferroviarias, barrancas, zonas anegadizas; una carrera de obstáculos que busca poner en evidencia una ciudad segmentada e injusta...” (Gorelik, 2004: 117). En esta línea se inscriben tanto las investigaciones sobre población y estratificación social como los estudios sociológicos reproductivistas, que entienden lo urbano principalmente como expropiador de la *plusvalía* producida en el mundo rural.

En su ecología, la ciudad reflejaba ahora los procesos de segregación y la estructura de las clases sociales. Si bien el tono de estos enfoques no predomina en las investigaciones actuales sobre la ciudad, persisten líneas de continuidad con este tipo de estudios. Como acierta Argumedo (1996) en sus reflexiones epistemológicas, la producción de conocimiento en las ciencias sociales no debe pensarse con la lógica de “paradigmas” que se reemplazan unos a otros, sino a partir de una coexistencia de visiones que expresan el carácter controvertido del conocimiento social. Así, textos con plena vigencia advierten que, aunque hoy las ciudades se han descentrado respecto al viejo esquema centro / periferia, eso no significa que deje de existir un “adentro” y un “afuera”, según procesos de exclusión a los que se refieren nociones como *ciudades duales*, *parias urbanos*, etcétera.

En la etapa a la que se refiere Gorelik al hablar de la denuncia crítica-ideológica, la historia de la ciudad resultó un ámbito privilegiado para construir una sociología de la dependencia (2). Y en última instancia, “la propuesta sigue siendo la de una reconciliación, en tiempo futuro, pero ya no está la técnica en el medio, sino la Revolución” (Gorelik, 2004: 127-128).

Finalmente, ante la decepción de esa nueva esperanza, el campo de reflexiones se abre hacia la cultura, primeramente con tres analistas: José Luis Romero, Ángel Rama y Richard Morse (3). Este último escribió en 1976, en plena confrontación con las lecturas tecnocráticas: “Quizás en el presente, en nuestra época especializada, neopositivista (de análisis intelectual burocratizado, frío empirismo, ‘desarrollo’ mecanicista, corporativismo y categorías marxistas, de un discurso científico desprovisto de humor y de una despiadada escisión de los hechos y las fantasías), debemos delegar a novelistas y poetas la responsabilidad de dar una visión imaginativa (...) de las ciudades y de la sociedad”.

Morse contrasta la sensibilidad de la literatura y el ensayismo para captar los fenómenos urbanos, con el esquematismo científicista que observaba entre colegas cuya metodología privilegiada era la estadística. En su trabajo más citado (Morse, 1985) señala el nuevo camino: “Estas reflexiones acerca de «ciudades como arenas culturales» siguen una línea de estudios que interpreta las urbes como crisoles para el cambio en la era moderna. (...) Nuestra investigación *apunta al ambiente no en tanto descrito y analizado, sino en tanto vivido y testimoniado*. Las ciudades se transforman así en teatros; nuestros informantes, en actores. Estos últimos no son simples reporteros u observadores críticos, sino participantes comprometidos con cada fuente o recursos intelectuales y físicos a su disposición, para interpretar no la condición meramente urbana, sino la humana”.

Así se abrieron camino los estudios culturales urbanos, que en América Latina fueron especialmente acogidos por investigadores del campo de la comunicación.

### Consolidación e institucionalización de un enfoque

Para los comunicadores/comunicólogos, la ciudad se presentó como un espacio donde estudiar los “usos de la comunicación”, los diversos modos de simbolización, producción y consumo de significaciones colectivas en una sociedad.

“El espacio urbano es un escenario de luchas entre contendientes desnivelados y posicionados históricamente en un enfrentamiento por el poder de enunciación, capaz de imponer, mediante la coerción o la seducción, una representación a las prácticas sociales”, escribe en su libro sobre *bandas* Rossana Reguillo (1991), que se encuentra entre los grandes referentes de esta línea de estudios, junto a Jesús Martín-Barbero –acaso su principal promotor–, Néstor García Canclini, Armando Silva y varios otros.

Podría considerarse que la primera mitad de la década de 1990 fue el período fundamental de su emergencia y consolidación: es entonces cuando se realizan encuentros académicos específicos, se formulan proyectos de investigación y aparecen “hitos” editoriales.

En 1992 se realiza en Rosario un *Seminario Internacional sobre Comunicación y Ciudad*, del que hay posteriores convocatorias en Ecuador (1993), Paraguay (1994) y Colombia (1995). En 1996 cambia el nombre por *Fórum imágenes e imaginarios urbanos: propuestas de comunicación para la ciudad* y se realiza en Perú. Al ser eventos promovidos por la UNESCO, conservan una

tónica vinculada a la noción de *desarrollo urbano* –teniendo como horizonte la “mejor calidad de vida”– y tienen una dimensión propositiva de políticas públicas, mediante diversas declaraciones: “Por el derecho a la ciudad”, “Por una ciudad solidaria”, etc. Paralelamente, en julio de 1993, Martín-Barbero desarrolla en Santa Fe de Bogotá un *Seminario sobre Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación*, al que le sigue en mayo de 1994 un *Seminario sobre Comunicación y cultura urbana*, que dicta en el marco de la cátedra UNESCO de Comunicación Social. También en Santa Fe de Bogotá se realiza el *Simposio Nacional Ciudad y Comunicación*, en octubre de 1993.

En 1994, un hito institucional es la constitución del Grupo de Trabajo sobre *Comunicación y Ciudad* en el marco de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación (ALAI), coordinado en sus inicios por Reguillo y actualmente por una investigadora de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Carla Colona. Se trata de uno de los 21 grupos que funcionan actualmente en la estructura de esa asociación.

Por otra parte, en el período mencionado aparece *La invención de lo cotidiano* de Michel de Certeau (1990, traducido en 1996), con su reflexión clave sobre los practicantes ordinarios de la ciudad. Lo mismo sucede con los textos clásicos de Alain Mons (*La metáfora social. Imagen, territorio y comunicación*, 1992) y Armando Silva (*Imaginos urbanos. Bogotá y Sao Paulo, cultura y comunicación*, 1992), entre otros. En 1991 se conoce el mencionado libro de Reguillo sobre bandas, identidad urbana y usos de la comunicación, y en abril de 1992 se producen las explosiones en barrios de Guadalajara que la convocan al trabajo de campo de una investigación brillante: *La construcción simbólica de la ciudad*, publicada en 1996. El mismo año Néstor García Canclini, Alejandro Castellanos y Ana Rosas Mantecón editan *La ciudad de los viajeros. Travesías e imaginarios urbanos*; y en Argentina aparece *La Ciudad bajo sospecha*, de Alicia Entel, producto de una investigación realizada los años anteriores.

En fin, se trata de una etapa fructífera para los estudios culturales urbanos, que forman un importante acervo de preguntas, reflexiones y conceptos teóricos. Elaboración propia a partir de múltiples lecturas y sistematizaciones, esbozaremos ahora sí un panorama de estos estudios, a partir de cuatro líneas: la que prioriza las prácticas urbanas en la *ciudad vivida*, la que enfoca los imaginarios o las representaciones sobre la ciudad, la que tiende a debatir la condición “post” (posmoderna, posindustrial, etcétera) de una ciudad en proceso de transformación, y finalmente ciertas lecturas del espacio urbano como un relato en sí mismo, asociadas a la reflexión sobre los sitios de memoria.

Por supuesto que se trata de preocupaciones inter-conectadas, fragmentadas sólo con fines analíticos. Los mejores estudios que indagan a la ciudad interrogándola sobre la producción social de sentidos se posicionan en todas esas líneas simultáneamente.

### La ciudad vivida / practicada

En la ciudad se desarrollan *prácticas* que dan cuenta del mundo de la vida. Y esas prácticas, tácticas, usos, implican *apropiaciones* del espacio. Más de un autor ha propuesto distinciones cuyos términos varían según el caso –lugar y espacio, espacio y territorio, espacio geométrico y espacio antropológico o existencial (ver Augé, 1993: 85)–, que expresan la transformación que se produce cuando un espacio es “apropiado” por ciertos sujetos sociales, que lo dotan de sentido.

Si bien la idea de que el espacio se modifica cuando es “practicado” parece una obviedad una vez enunciada, en la experiencia cotidiana no siempre se tiene conciencia de la carga de significados que la propia acción produce sobre un territorio, como muestra Halbwachs (2004: 132).

En sintonía con el desplazamiento teórico que rechaza el enfoque exclusivamente estructural para atender a la acción de los sujetos, los estudios culturales sobre la ciudad prestan atención a lo que de Certeau llama “las operaciones de los usuarios, supuestamente condenados a la pasividad y la disciplina”. Se estudian así formas de expresión e interacción, los *modos de estar juntos* en la cotidianidad metropolitana, de hacer ciudad y de ser hechos por ella.

Múltiples preguntas interrogan a la ciudad vivida: ¿Cómo se junta la gente, dónde y para qué? ¿Cómo construyen espacialmente los sujetos sus identidades? ¿Cuáles son las *tácticas* (4), desde la integración y la marginación, desde la simulación y la participación? ¿Qué hacen los habitantes en momentos de ocio y descanso? ¿De qué modo la calle se constituye como escenario de comunicación? ¿Cómo se mueven y expresan los cuerpos en el espacio urbano? ¿Qué “competencias” se requieren para transitar anónimamente una ciudad? ¿En qué momentos pesan y en qué otros quedan inhibidas las reglas? ¿De qué formas se habita la ciudad y cómo esos modos, en definitiva, la construyen? O con palabras de Michel de Certeau: ¿cómo se escribe el *texto urbano*, una escritura colectiva sin principio ni fin, sin claros lectores ni escritores?

Cabe mencionar dos grandes orientaciones de los estudios sobre prácticas culturales en la ciudad:

- Algunos analizan dinámicas, lenguajes, modos de expresión e identificación de ciertos *actores urbanos*: bandas, artistas callejeros, trabajadores sexuales, cartoneros o recicladores (5), conductores, pandillas / maras, jóvenes, organizaciones vecinales, movimientos sociales urbanos (6).

En estos estudios es muy frecuente hallar analogías con el teatro, en línea con los planteos de Morse. Por ejemplo, Sennet

semeja el *escenario* (teatral) y la calle, y se propone estudiar *roles* públicos. Luego propone: “La gran ciudad es un teatro. Su escenario es fundamentalmente la búsqueda de reputación. Todos los hombres de la ciudad se vuelven artistas de una índole particular: actores” (Sennet, 1978: 152). Por su parte, Alicia Entel (1996: 37) planea que “si se imagina a la ciudad como teatro, a los grupos sociales como actores y a los espacios como escenarios, es posible descubrir la riqueza y la capacidad predictiva de las lecturas minuciosas que el investigador puede realizar de esa dramática urbana...”.

- Otros proponen *etnografías de microterritorios urbanos*, donde conviven múltiples sujetos. Lo que se buscan son huellas, marcas, identidades, usos, sentidos, modos de comunicar y significar en espacios urbanos específicos: una calle, un mercado, un barrio, algún espacio recreativo, un medio de transporte como el tren (el metro, para Augé), ciertos bares.

Algunos pueden ser pensados como “Frentes Culturales”, según la categoría acuñada por González (1994, 1998); es decir, espacios que son a un mismo tiempo: 1) *zonas fronterizas* entre culturas de clases y grupos socialmente diferentes; 2) *frentes de batallas*, arenas de luchas culturales entre contendientes con recursos y contingentes desnivelados. En fin, lugares que permiten indagar empíricamente la construcción de hegemonías, porque en ellos se desarrollan los combates –principalmente simbólicos– para componer y recomponer los sentidos compartidos sobre qué es necesario para vivir (7).

Al estudiar actores sociales y espacios practicados, el análisis capta movimientos y conflictos, es decir, todo aquello que el enfoque cartográfico moderno borra y oculta (8). Distinta de esa representación abstracta y estática, otra percepción posible es la de los caminantes, los “practicantes ordinarios de la ciudad” (de Certeau, 1996), que participan de un texto urbano múltiple que escriben a través de “procedimientos multiformes, resistentes, astutos, pertinaces”. El análisis cultural propone “un «retorno a las prácticas», liberando la enunciación peatonal de su trascripción en un plano: reivindicar los «itinerarios», serie discursiva de operaciones, frente a los «mapas», asentamientos totalizadores de las observaciones”.

Estas investigaciones suelen prestar especial atención a los cuerpos, en sintonía con la propuesta de *Carne y piedra*, donde Sennet propone “una historia de la ciudad contada a través de la experiencia corporal de las personas: cómo se movían hombres y mujeres, que veían y escuchaban, qué olores penetraban en su nariz, cómo dormían, cómo se vestían, cuándo se bañaban, cómo hacían el amor en ciudades que van desde la antigua Atenas a la Nueva York contemporánea” (Sennet, 1997: 17).

Los trabajos producidos implican a veces una verdadera *semiótica de los cuerpos* que demuestra cómo las posturas corporales son distintas en cada ocasión urbana: “Pasear por el centro comercial requiere de un cuerpo, una postura, y una actitud que disuena y se vuelve inútil en la plaza de mercado, y viceversa: el centro comercial exige un estatus especial de sus visitantes; transitarlo como si fuera una plaza de mercado ya invitaría a los guardias a sospechar y tomar acción” (Lozano, 1998: 174-175).

Los cuerpos permitidos y prohibidos varían cultural e históricamente. La definición de la ciudad como “una colección de extraños”, mencionada por Sennet, no implica que esa condición esté garantizada a cualquier presencia: ser extraño requiere una postura corporal cuyo ajuste a las convenciones posibilita el anonimato. No es lo mismo un extraño que un forastero, cuya presencia llama la atención. Además, las reglas de la comunicación urbana no son las mismas para todos: “Cinco jóvenes negros que caminan por las buenas avenidas de la ciudad son una amenaza (y entonces ‘los demás’ son una amenaza para cinco jóvenes negros)...” (Lozano, 1998: 175)

La ciudad imaginada / narrada / representada

Además de hablar del estatus de los cuerpos y de lo que ellos expresan en la ciudad, el provocativo ejemplo de Lozano sobre los jóvenes negros introduce la problemática de los imaginarios urbanos. Aquella presencia no es una “amenaza” en función de una peligrosidad conocida y real, sino imaginada y posiblemente asentada en prejuicios culturales.

Los relatos que circulan socialmente, y en este caso los relatos sobre la ciudad, condicionan las propias prácticas. En ese sentido, sólo en una dimensión analítica *la ciudad representada* se escinde de la *ciudad vivida*. Existe no obstante una relación dialéctica entre ambas: “la ciudad y sus representaciones se producen mutuamente. No hay ciudad sin representaciones de ella, y las representaciones no sólo decodifican el texto urbano en conocimiento social, sino que inciden en el propio sentido de la transformación material de la ciudad” (Gorelik, 2004: 13).

La investigación cultural urbana se ha dedicado a explorar la “imaginación socioespacial” (Gorelik, 2004: 18) de las “poéticas y estéticas de la ciudad” (Pereira, 1995). En otras palabras, buena parte de los estudios han girado en torno a preguntas cómo: ¿Qué es la ciudad para el ciudadano? ¿Cuáles son los modos de percibir la experiencia urbana? ¿De dónde provienen y cómo operan esos imaginarios? (11) ¿Cómo se narra una ciudad en los medios masivos? ¿Qué nos muestra el arte sobre la ciudad?

La importancia que las narrativas tienen para la configuración de un espacio es remarcada por diversos autores. Para María Carman, “determinados proyectos urbanos pueden comprenderse no sólo fundados y anclados únicamente en lo físico, arquitectónico y urbanístico, sino también a partir de la imposición de un relato que procura unir espacios y prácticas espaciales, exaltando algunos puntos de la ciudad en detrimento de otros, y legitimando ciertos recorridos en función de un proyecto escogido

como modelo de ciudad ideal” (Carman, 2006: 139)

La producción de relatos es tanto una *estrategia* de ciertos poderes para favorecer proyectos como una *táctica* de los actores ordinarios de la ciudad, necesaria para habitarla cotidianamente: “Junto a la realidad industrial, al desarrollo tecnológico, a los instrumentos de producción, a las instituciones de control, junto a las cifras y las estadísticas, a las decisiones y discursos oficiales, existen procesos simbólicos mediante los cuales los actores entienden «su» ciudad, la nombran, se la apropian, la transforman, la segmentan, en una palabra la construyen simbólicamente para exorcizar el peligro, reducir la incertidumbre y dotar de sentido al conjunto de sus prácticas” (Reguillo, 1996: 471).

Armando Silva se interesa por cómo el escenario urbano es *imaginado* y registra formas en que los ciudadanos participan de la construcción simbólica de la ciudad. Silva coordinó el Proyecto “Imaginario Urbanos”, financiado por el Convenio Andrés Bello, dedicado a “enunciar los mapas afectivos” que constituyen “la diversidad de modos de ser urbanos” en trece ciudades hispanoamericanas: “La teoría de los *imaginarios urbanos* –dice– busca captar y aislar para su estudio lo que llamamos «croquis urbanos», que no son otros que los mapas afectivos donde uno se encuentra con otros, ya sea porque recomparte un interés, un oficio o hasta un tema. Y estos mapas ya no son físicos, sino psicosociales: los croquis no se ven, se sienten. Si el mapa marcaba unas fronteras determinadas de propiedades políticas y geográficas, los croquis desmarcan los mapas y los hacen vivir su revés: no lo que se me impone –como frontera–, sino lo que me impongo –como deseo–. Los mapas son de las ciudades, los croquis pertenecen a los ciudadanos...” (en Mujica, 2005).

Por supuesto, no hay una sola ciudad imaginada, sino muchas maneras de imaginar ciudades.

Otro estudioso que trabajó esta temática, Néstor García Canclini (1997), sostiene que además de reunir casas y parques, calles y señales, “las ciudades se configuran también con imágenes. Pueden ser las de los planos que las inventan y las ordenan. Pero también imaginan el sentido de la vida urbana las novelas, canciones y películas, los relatos de la prensa, la radio y la televisión. La ciudad se vuelve densa al cargarse con fantasías heterogéneas. La urbe programada para funcionar, diseñada en cuadrícula, se desborda y se multiplica en ficciones individuales y colectivas”.

A mediados de los 90, García Canclini encaró un trabajo de campo que relacionó la fotografía –el registro que más radicalmente fragmenta la ciudad– con la experiencia de habitar grandes metrópolis. 52 fotografías seleccionadas, de distintas épocas, fueron expuestas para ser interpretadas por 10 grupos de enfoque, formados por personas que viajan intensamente por la ciudad. Así se relevaron ideas acerca de cómo es la ciudad de noche y otras cuestiones que evidenciaron una dialéctica entre lo real y lo imaginario, lo que se sabe y lo que se supone sobre la ciudad.

Por lo general, las investigaciones que postulan a los imaginarios urbanos como su objeto de estudio se han dedicado –además de los relatos de viajeros– a la producción artística y mediática. La elección de ese *corpus* se vincula con que “la gente no se da cuenta de su experiencia urbana pues *vive en ella como el aire que respira*. Sin embargo, hay situaciones donde su ser urbano se exterioriza y visibiliza, como en algunas experiencias que llamo «meta operaciones», estéticas”, cuando por alguna razón se produce un *efecto de extrañamiento* (Silva, en Mujica, 2005).

De los trabajos sobre imaginarios mediáticos (10) son pocos los que abordan la radiofonía. Las principales áreas interrogadas son el cine, la prensa y la literatura. Esta última es el objeto de un trabajo clásico de Williams (2001), que analiza exhaustivamente decenas de novelas y propone una sugestiva historia de la ciudad a través de la ficción, identificando estilos literarios propios del campo y la urbe, y estilos de fronteras.

En la producción audiovisual, en tanto, se pueden analizar los recursos narrativos con que se narra la ciudad y observar cómo se construye la escena urbana, quiénes son los sujetos que la forman, cuáles bienes-espacios en disputa, de qué modos se usa y habita el espacio, etcétera. Silva comenta que en *Bogotá imaginada*, uno de los trece libros del proyecto mencionado, se ve “cómo en la historia de la ficción televisiva dominan tres personajes urbanos según su momento: en los años 50 los choferes de taxi, en los 80 los maestros de albañilería y a finales del siglo XX los celadores de edificios. Sus guionistas, sin proponérselo claramente, dibujaron una sociología del carácter popular bogotano. Los porteros de edificios al servicio de grandes capas de inquilinos sólo pueden pertenecer a esta época cuando la ciudad creció y se llenó de miedos. Este personaje, el celador, nos relata una ciudad miedosa, un imaginario poderoso que comparten las grandes urbes actuales” (en Mujica, 2005).

Se trata de captar los sentidos que los medios construyen sobre la ciudad. No es casual, por ejemplo, que se denomine *Trama Urbana* al suplemento judicial-policial de un diario, pese a que éste puede adoptar como temática los robos rurales. Está presente allí un imaginario que asocia lo urbano a lo delictivo y participa de la construcción cultural del miedo.

A esa relación ciudad / miedos se abocaron las últimas investigaciones de Rossana Reguillo (2006), que identifica como propio de la época actual la “deslocalización” de la percepción de inseguridad en los mapas subjetivos de la ciudad imaginada, que repercuten sobre la ciudad practicada.

## La ciudad en proceso de transformación

Entre las respuestas de ciertos sectores a aquella percepción se inscribe la retracción hacia el ámbito privado y la conformación de *barrios cerrados* que impactan a su vez sobre el aspecto del centro de las ciudades. Estos constituyen algunos de los procesos recientes de transformación de las ciudades, que han sido objeto de la reflexión crítica de distintos investigadores.

Hay un nuevo ciclo en la historia de las ciudades que se ha tematizado en tono a la proliferación de megalópolis, la deslocalización industrial, el desmembramiento de los centros terciarios, el abandono de áreas industriales, la proliferación de periferias internas y urbanizaciones cerradas, y la “conversión en negocio de fragmentos completos de la ciudad” (Gorelik, 2004: 210).

Incluimos la línea que refiere a las tendencias actuales en un “estado de la cuestión” sobre los estudios en comunicación y ciudad, aunque corresponde a un campo más amplio de debates urbanos. Lo comunicacional en éstos suelen radicar en que buena parte de las transformaciones en curso se vinculan al impacto de las llamadas nuevas tecnologías. Quienes postulan el proyecto de la “sociedad de la información” utilizan términos como *ciudades informacionales* o *comunicacionales*. A ellas alude una pregunta central para estos trabajos: ¿cómo se han modificado los modos de narrar e interactuar en la ciudad, por los usos sociales y los impactos de la televisión, las redes informáticas y los videojuegos?

Del mencionado seminario de Rosario en 1992 surgió un diagnóstico sobre las ciudades de América Latina, cuya “profunda crisis” se asociaba a las rupturas en canales de comunicación interpersonal, el declive de lo público y la pérdida de ciudadanía, entre otros aspectos. Los estudios actuales hablan cada vez más de una ciudad del hiper-consumo, posmoderna, electrónica, telemática. Se trata de un espacio urbano donde abundan los *no lugares* –vías de transporte, aeropuertos, centros comerciales, grandes cadenas hoteleras, etcétera–, que se definen por oposición a los lugares –la casa, el barrio, las plazas, etcétera–, que son “identificatorios, relacionales e históricos” (Augé, 1993: 58-59) (11). Por el contrario, los no lugares son sitio de lo efímero, donde lo identitario y relacional se reduce al mínimo.

No son espacios para la ciudadanía sino para el consumo. Un ejemplo prototípico es el *shopping* o *mall*, que ha sido objeto de múltiples ensayos críticos, como el de Beatriz Sarlo. Para esta autora, el *shopping* “es un simulacro de ciudad de servicios en miniatura, donde todos los extremos de lo urbano han sido liquidados: la intemperie, que los pasajes y las arcadas del siglo XIX sólo interrumpían sin anular, los ruidos, que no respondían a una programación unificada; el claroscuro...” (Sarlo, 2006: 12). Su irrealidad como *ciudad en miniatura* radica en que la historia de su constitución carece de conflictos, marchas o contramarchas. El hecho de que “todos los *shoppings* son iguales” y tienen “una relación *indiferente* con la ciudad” que los rodea (Sarlo, 2006: 13-14) remite a la idea del no lugar de Augé. Viven del contraste con la ciudad postindustrial: ofrecen dentro de sus límites la seguridad que no garantiza un espacio público cada vez más reducido (12).

La presencia del *shopping* expresa el corrimiento de las esferas de la política, la economía y la vida cotidiana hacia modos de relación social propuestos desde el mercado: por eso los *malls* “pueden ser vistos como monumentos de un nuevo civismo” (Sarlo, 2006: 16).

## La ciudad como relato

La idea de *la ciudad como un relato*, propuesta como cuarta línea de trabajo, refiere justamente a esas marcas que, en el espacio urbano, transmiten sentidos acerca de un proyecto social o una narrativa histórica.

Ya no cómo se vive o qué se dice sobre ella: la propia materialidad de la ciudad –en sí misma– constituye un relato sobre la organización social que la construyó. Todo proyecto urbanístico tiende a plasmar en piedras, muros y monumentos, los deseos y esperanzas de actores que la crean y recrean en el tiempo.

Si tomamos el caso de La Plata, observaremos –en su instancia fundacional– que la estructura urbana traslucía ante todo *un proyecto* de poder, aunque pronto la ciudad-metáfora del orden fuera objeto de disputas: “la pretensión de concebirla *ex novo* y bajo el auspicio de formaciones de verdad científica, puede volver más explícitos los puntos de intersección entre formas físicas y los comportamientos deseados con esa intervención” (Vallejo, 2005: IV). Los contrastes establecidos entre la arquitectura doméstica (prevista en no más de dos niveles, construida con mampostería y sin separaciones de la línea municipal) y la del poder público (mayor altura, ornamentada, con jardines perimetrales), las instituciones incluidas / excluidas en el eje cívico destacado, los monumentos realizados o la homogénea distribución de escuelas en todos los barrios son expresiones urbanas de un proyecto, concientemente establecidas por la élite que pensó dicha ciudad como centro de progreso según los preceptos del liberalismo ilustrado.

Del mismo modo, como estudiara Rojas Mix (2006b), la “plaza mayor” de las ciudades coloniales españolas –de las que La Plata recibe cierta herencia– también expresaba e intentaba reproducir cierto proyecto de sociedad. Su presencia en un centro geográfico y simbólico se rodeaba por aquellos sitios que representaban la suma del poder: el palacio del virrey o el gobernador,

la catedral, el cabildo, el mercado, etcétera.

El espacio urbano contiene además otras materialidades que aluden a ciertas narrativas históricas y buscan activarlas. Como señala el mismo autor, “el patrimonio simbólico de la nación se desarrolla generando imágenes mentales que se difunden transformadas en imágenes plásticas o literarias, emblemas, retratos, cuadros históricos, escenas de costumbres. Es la memoria nacional que circula por igual en la escultura conmemorativa y en la arquitectura monumental”. Por su parte, Augé (1993: 65) nos recuerda que “el monumento, como lo indica la etimología latina de la palabra, se considera la expresión tangible de la permanencia o, por lo menos, de la duración. Son necesarios altares para los dioses, palacios y tronos para los soberanos para que no sean avasallados por las contingencias temporales. Así permiten pensar la continuidad de las generaciones...”.

También son significativos los nombres adjudicados a calles o espacios públicos. Como advierte de Certeau, “todo poder es toponímico e instala su orden de lugares al nombrar”.

La noción más coloquial de *lugares de memoria* (13) alude a espacios físicos constituidos como monumentos o marcas urbanas, o en términos de Bourdieu al “estado objetivado” del pasado: “la historia se pone en presencia en dos estados de lo social, el «estado objetivado», es decir la historia acumulada a lo largo del tiempo en las cosas, los edificios, los monumentos, y el «estado incorporado» que es la historia transformada en *habitus*” (Vallejo, 2005: 13).

Por supuesto, si bien están mejor posicionados para hacerlo, no sólo los poderes constituidos inscriben un relato en la materialidad de la ciudad. Sobre ella caben también intervenciones urbanas alternativas o de resistencia, de tal modo que el espacio urbano resulta un relato sobre sus propios conflictos históricos. En los términos de de Certeau, las marcas pueden ser *estratégicas* (las construcciones del poder) o *tácticas* (aquellas intervenciones urbanas).

¿Qué relatos sobre el pasado se monumentalizan y cuáles no? ¿De qué manera las intervenciones urbanas expresan disputas políticas por dotar de sentido a la historia social? ¿Cómo operan esas marcas como *medios de la comunicación*?

Esta orientación posible de las miradas sobre la ciudad que atienden a la producción social de sentidos se vincula a una de las preocupaciones de los estudios sociales sobre la memoria. Como observa Jelin, “monumentos, placas recordatorias y otras marcas son las maneras en que actores oficiales y no oficiales tratan de dar materialidad a las memorias. Hay también fuerzas sociales que tratan de borrar y de transformar, como si al cambiar la forma y la función de un lugar, se borrara la memoria”. Así, “toda decisión de construir un monumento, de habilitar lugares donde se cometieron afrentas graves a la dignidad humana (campos de concentración y detención, especialmente) como espacios de memoria, o la construcción de museos o recordatorios, es fruto de la iniciativa y la lucha de grupos sociales que actúan como «emprendedores de la memoria»” (Jelin, 2001: 54-55).

Desde este enfoque, lo que se busca comprender no es exclusivamente “la multiplicidad de sentidos que diversos actores otorgan a espacios físicos en función de sus memorias, sino los procesos sociales y políticos a través de los cuales estos actores (o sus antecesores) inscribieron los sentidos en esos espacios (...) Construir monumentos, marcas espaciales, respetar y conservar ruinas, son procesos que se desarrollan en el tiempo, que implican luchas sociales, y que producen (o fracasan en producir) esta semantización de los espacios materiales” (Jelin y Langland, 2003: 3-4).

## Puntos de encuentro con la historia cultural urbana

*“Si la historia cultural urbana y la crítica cultural de la ciudad configuran campos de conocimiento siempre precarios y de bordes indefinidos, internarse en ellos supone necesariamente una exploración conjunta de aquello que se quiere conocer y de los instrumentos con los que podría llegar a hacerse. Porque más que un campo disciplinar, lo que supondría un conjunto de postulados teóricos e instrumentos metodológicos específicos y estables, los temas de la cultura urbana integran un campo de tensiones entre enfoques y perspectivas diferenciadas, que van tomando cuerpo en el propio comercio (interpretativo), siempre tentativo, con su objeto de conocimiento y que necesitan estar sujetos, por lo tanto, a permanente revisión y confrontación” (Adrián Gorelik).*

Hasta aquí se han reseñado algunos enfoques posibles –mayormente vinculados al campo de la comunicación– en los cuales la investigación sobre la ciudad no puede escindirse de la pregunta por la producción de significados: el modo en que el espacio urbano es habitado o practicado, imaginado o representado, y utilizado como escenario de marcas activadoras de una memoria que se procesa en el presente, destacan el vínculo estrecho entre las ciudades y los sentidos socialmente construidos.

En el “estado de la cuestión” referido a pensar la ciudad en clave cultural se encuentra, además, una zona de investigaciones vinculadas a la indagación histórica, que rescatan el foco de aquellas preguntas pero las formula en el tiempo pasado: ¿cómo se configuraron históricamente ciertos espacios de la ciudad? ¿qué actores participaron y qué tácticas o estrategias desarrollaron? ¿qué representaciones o imaginarios se produjeron sobre el espacio urbano? ¿quiénes, cómo y para qué se crearon, recrearon o



borraron *marcas o lugares de memoria*? Interrogantes en un mismo tono planteados en situaciones que, por su anclaje en el pasado, son consideradas *objeto* de la historia.

Si se procura inscribir esas investigaciones en una línea de trabajo medianamente constituida, la referencia es indudablemente la *historia cultural urbana*. Se trata, si cabe el término, de una “nueva disciplina” con una orientación superadora de la historia urbanística de viejo cuño, acotada al “molde estrecho de aquello que se relaciona con la indagación de la ciudad como entidad física autónoma y de las intervenciones profesionales de arquitectos y urbanistas” (Vallejo, 2005: VIII).

A nivel local, reconocemos como planteo fundacional a *La Grilla y el Parque*, de Adrián Gorelik (UNQ, 1998), seguido por los aportes de Silvestri, Liernur, Aliata y Ballent. En el caso de la ciudad de La Plata son escasos los trabajos en este sentido, aunque cabe destacar la tesis recientemente defendida por Gustavo Vallejo en el Doctorado de Historia de la UNLP.

La historia cultural urbana, ligada al desplazamiento del punto de vista anunciado por Morse, capta la dinamismo y la vocación transdisciplinaria de movimientos que llevaron nuevos aires a la disciplina histórica. En esa renovación confluyen diversas líneas como:

- Las investigaciones realizadas desde una historia de las mentalidades, la vida cotidiana, el gusto, la moda, la higiene, el cuerpo, etcétera;

- La valorización que la *Nouvelle Histoire* hizo de fuentes antes menospreciadas, como textos literarios, testimonios orales e imágenes (Rojas Mix, 2006a: 55), ampliando el concepto de documento histórico; y

- Los mencionados estudios sobre las memorias, que además de admitir su carácter subjetivo reconocen en ellas un “objeto de disputas, conflictos y luchas, lo cual apunta a prestar atención al rol activo y productor de sentido de los participantes de esas luchas, enmarcados en relaciones de poder”, y asumen la posibilidad de *historizar* esas transformaciones en los dinámicos sentidos del pasado (Jelin, 2001: 2);

Los estudios de la memoria involucran una sensibilidad bien caracterizada por Norá (1993) al señalar que su objeto específico no son “las acciones memorizadas ni conmemoradas, sino la traza de esas acciones y el juego de esas conmemoraciones; no los acontecimientos por ellos mismos, sino su construcción en el tiempo, el desvanecimiento y el resurgimiento de sus significaciones; no el pasado, sino sus reempleos permanentes, sus usos y sus faltas de uso, su imposición sobre los presentes sucesivos; no la tradición, sino la manera que se constituyó y se transmitió”; en fin, la “memoria: no el recuerdo, sino la economía general y la administración del pasado en el presente”.

Estas influencias llevan a estudiar la trayectoria de las ciudades no sólo desde sus expresiones físicas sino también desde los imaginarios y las disputas entre diversos actores sociopolíticos. Se busca producir “una historia que no separe la historia de la ciudad –en términos materiales– de la sociedad –en términos sociales o políticos–, sino que sea una historia del modo en que la ciudad, como objeto de la cultura, produce significaciones; es decir, una historia cultural de las representaciones de la ciudad, pero siempre que se advierta que el modo en que los artefactos urbanos producen significaciones afecta tanto la cultura como revierte sobre su propia materialidad” (Gorelik, 1998: 16)

Con esa mirada puede releerse, incluso, la historiografía más clásica sobre una ciudad, adoptándola como objeto de estudio en sí misma, en tanto cuerpo de relatos que participaron de la producción de sentidos sobre una urbe. De este modo, es posible ejercer una crítica sobre los propios documentos que conforman el “estado de la cuestión”, favoreciendo así una actitud auto-reflexiva que corrobora que el “investigador también es un explorador de su oficio” (Galindo Cáceres, 1998: 24).

## Notas

(1) Se consideró como un aporte interesante esta incorporación, que responde plenamente a la formación del autor y el enfoque de la línea de investigación desarrollada como becario de la Comisión de Investigaciones Científicas. Las indagaciones respecto de los procesos sociales de la memoria, si bien tienen un antecedente en la obra de Maurice Halbwachs (*Les Cadres Sociaux de la Mémoire*, 1925; *La mémoire collective*, póstumo, 1950), se instalan en las ciencias sociales pasados los años 80. A nivel regional las experiencias investigativas cobran forma a partir de *Los trabajos de la memoria*, de Elizabeth Jelin (Siglo XXI, 2002), inaugural de un programa que abarcó a decenas de investigadores en el Cono Sur. Esta línea latinoamericana constituye la principal referencia para nuestro trabajo, junto a cierta tradición francesa retomada con la lectura de Halbwachs, Michel Pollack y particularmente el trabajo pionero de Pierre Norá sobre *Les Lieux de Mémoire* (Gallimard, 1984-1993).

(2) Una trayectoria similar se observa al hacer una genealogía de los estudios sobre la comunicación, donde –entendida ésta todavía como un asunto de medios– se pasó de las teorías del desarrollo a las teorías de la dependencia, “desde el estructural-funcionalismo hasta el estructuralismo a secas” (Gorelik, 2004: 127-128).

(3) Quizá deba señalarse como antecedente el trabajo anticipado de Lynch (1960), que buscó recuperar el sentido de pertenencia de los habitantes urbanos a través de una conquista del sentido de lugar.

(4) La expresión táctica utilizada en estos estudios suele estar inspirada por Michel de Certeau. Este autor plantea una diferencia entre:

- *estrategias*: el modo de acción del que posee un lugar propio y por lo tanto puede planificar la lucha. Aluden a la racionalidad del poder político,

económico, científico.

- *tácticas*: el modo de lucha del que no dispone lugar propio y debe adaptarse al lugar del adversario. Sería el “arte del débil” y es aquí donde se incluyen las culturas populares. Así, la pregunta es por las prácticas cotidianas (circular, comprar) es una pregunta por las tácticas de uso de la ciudad.

(5) En detrimento de la comprensión sociocultural de las élites, buena parte de los *actores* elegidos como objetos de estudio son marginales.

(6) La bibliografía sobre *nuevos movimientos sociales* señala que éstos suelen sostener reivindicaciones con centro en la cotidianidad. Para algunos autores, en nuestra época la utopía estaría en manos del vecino –ya no del ciudadano, ni del revolucionario–, que se organiza en “agrupamientos efímeros”, con protestas no siempre formuladas en clave política (está presente *lo político*, las *nuevas formas de politicidad*, pero no *la política* en su sentido tradicional e institucionalizado).

(7) Al revisar el concepto de hegemonía que Raymond Williams formula a partir de la lectura de Gramsci, el investigador mexicano Jorge González insiste en que no se puede estudiar la hegemonía sólo a partir de la diferencia. La compleja relación de consenso-autoridad se funda, necesariamente, sobre ciertos elementos comunes.

(8) Es recomendable leer a de Certeau y sus reflexiones sobre la cartografía. La autonomía que ganó el mapa entre los siglos XV y XVIII supuso el progresivo borrado de los *itinerarios*, las *prácticas del espacio*, que aparecían graficadas en los primeros mapas. Luego, en los mapas llamados portulanos, había marcas empíricas producidas por la observación de los navegantes. Sobre ellos se impuso el plano moderno, que significó el triunfo de la geometría abstracta del discurso científico frente al sistema narrativo de la experiencia del viaje. El urbanista o el cartógrafo moderno se colocan a la distancia. Es la mirada de Dios, dice de Certeau, que se *podía* (hasta el 11 de septiembre de 2001) obtener subiendo al piso 110 del World Trade Center, o que hoy es posible a través de Internet con *Google maps*. Ese espacio, técnicamente construido, se contrapone al texto vivo de los recorridos plurales.

(9) La preocupación por los denominados “imaginarios urbanos” no sólo provino de investigadores vinculados al campo de la comunicación. En la misma época en la que ubicamos la consolidación de los estudios en comunicación y ciudad, profesionales de la arquitectura y el urbanismo se interesaron por las representaciones textuales o iconográficas sobre la ciudad. Así surge un *Congreso sobre Imaginarios Urbanos* organizado por Rafael Iglesia y Miguel Guerin en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, cuyos trabajos se editaron bastante más tarde (2001). Este año se realiza la 9ª edición de esa experiencia. Otra iniciativa fueron el coloquio (1995) y la exposición (1999) realizados bajo el título *Buenos Aires 1910: el imaginario para una gran capital*.

(10) Si bien hemos hablado de un corrimiento del punto de vista comunicacional más allá de los medios masivos, esto no significa abandonarlos como objeto de estudio. Los relatos mediáticos no pueden obviarse a la hora de problematizar la ciudad pues los medios tienen un rol central en la vida urbana actual. En cierta medida, la ciudad se conoce y se experimenta a través de ellos: sólo así se puede construir una noción de ciudad total.

(11) Augé (1993: 83-85) aclara que “el lugar y el no lugar son más bien polaridades falsas: el primero no queda nunca completamente borrado y el segundo no se cumple nunca totalmente: son palimpsestos donde se inscribe sin cesar el juego intrincado de la identidad y de la relación. Pero los no lugares son la medida de la época...”

(12) Gorelik cuestiona en un sentido la asociación del *shopping* con los *no lugares* de Augé precisamente porque éste, a diferencia de un aeropuerto, *compite* con la ciudad: “el *shopping* vuelve caducas funciones del espacio público de la ciudad que ya no se reproducen en otra parte. Sobre todo en ciudades como Buenos Aires, en las que el *shopping* se instala en los centros urbanos; porque en sus lugares de origen –Canadá y los Estados Unidos– el *shopping* produce simulacros de ciudad en suburbios semirurales que carecen de las complejidades de la vida y el consumo urbanos. Aquí, en cambio, el *shopping* se ofrece como alternativa a la complejidad que queda fuera de sus puertas, inmediatamente homologada al caos y la inseguridad” (Gorelik, 2004: 200-201).

(13) Como concepto teórico, *lugares de memoria* es una categoría central para Pierre Norá (1984-1993), que al definirlo como “toda unidad significativa, de orden material o ideal, donde la voluntad de los hombres o el trabajo del tiempo ha hecho un elemento simbólico del patrimonio memorioso de una comunidad cualquiera”, alude con él a un conjunto más amplio de soportes que resguardan relatos sobre el pasado, como ciertas fechas, conmemoraciones, libros, etcétera. No obstante, el propio Norá admite que en la enorme recopilación que coordinó, coexisten y se tensionan esa concepción “amplia y extensiva” con una “estrecha y restrictiva”, ligada al sentido coloquial y el uso público.

## Bibliografía

- ARGUMEDO, Alcira (1996). *Los silencios y las voces en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional.
- AUGÉ, Marc (1993). *Los no lugares, espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- CARMAN, María (2006). *Las trampas de la cultura: los intrusos y los nuevos usos del barrio de Gardel*. Buenos Aires: Paidós.
- COLONA, Carla (2003). *Las Cabinas Públicas de Internet en Lima: procesos de comunicación y formas de incorporación de la tecnología a la vida cotidiana*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- DE CERTEAU, Michel (1996 [1990]). *La invención de lo cotidiano: I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- ENTEL, Alicia (1996). *La ciudad bajo sospecha. Comunicación y protesta urbana*. Buenos Aires: Paidós.
- GALINDO CÁCERES, Jesús –coordinador– (1998). *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. México: Adisson Wesley Longman.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1997). *Imaginarios urbanos*. Buenos Aires: Eudeba.
- GONZÁLEZ, Jorge (1994). *Más (+) cultura(s). Ensayos sobre realidades plurales*. México: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- GONZÁLEZ, Jorge (1998). “La voluntad de tejer: análisis cultural, frentes culturales y redes de futuro”, en: *Razón y Palabra*, Nº 10, abril-junio.
- GORELIK, Adrián (1998). *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Universidad

Nacional de Quilmes.

GORELIK, Adrián (2004). *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.

HALBWACHS, Maurice (2004). *La memoria colectiva y el espacio*, en: *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza.

JELIN, Elizabeth (2001). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.

JELIN, Elizabeth y LANGLAND, VICTORIA –compiladoras– (2003). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid: Siglo XXI.

LOZANO, Elizabeth (1998). *La ciudad: ¿un mapa nocturno para la comunicación?*, en: AAVV. *Mapas nocturnos. Diálogos con la obra de Jesús Martín-Barbero*. Colombia: Siglo del Hombre Editores.

MARTÍN-BARBERO, Jesús (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México: G. Gili.

MORSE, Richard (1985). *Ciudades 'periféricas' como arenas culturales (Rusia, Austria, América Latina)*, en: MORSE, Richard y Jorge Enrique HARDOY –compiladores–. *Cultura urbana latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.

MUJICA, María Constanza (2005). "Entrevista a Armando Silva. «Ser santiaguino o porteño es, primero, un deseo»", en *Bifurcaciones*, Nº 4, <http://www.bifurcaciones.cl/004/Silva.htm>

MUÑOZ, Boris y SPITTA, Silvia –editores– (2003). *Más allá de la ciudad letrada. Crónicas y espacios urbanos*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Americana.

NORA, Pierre (dir.). (1984-1993). *Les Lieux de Mémoire*. París: Gallimard

PEREIRA G., José Miguel (1995). "Comunicación, cultura y ciudad. Campo de reflexión, propuestas de investigación", en *Signo y Pensamiento*, Nº 27, Universidad Javeriana, Facultad de Comunicación y Lenguaje.

REGUILLO CRUZ, Rossana (1995 [1991]). *En la calle otra vez. Las Bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*. Guadalajara: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), segunda edición.

REGUILLO CRUZ, Rossana (1996). *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. Guadalajara: ITESO.

REGUILLO CRUZ, Rossana (2006). *Los miedos contemporáneos: sus laberintos, sus monstruos y sus conjuros*, en: PEREIRA G., José Miguel y VILLADIEGO PRINS, Mirla –editores–. *Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanías*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

ROJAS MIX, Miguel (2006a). *El Imaginario. Civilización y cultura del siglo XXI*. Buenos Aires: Prometeo.

ROJAS MIX, Miguel (2006b). *La plaza mayor. El urbanismo, instrumento del dominio colonial*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

ROMERO, José Luis (1976). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México: Siglo XXI.

SARLO, Beatriz (1994). *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.

SENNETT, Richard (1978). *El declive del hombre público*. Barcelona: Alfonso Impresores.

SENNETT, Richard (1997). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza Editorial.

SILVA, Armando (1992). *Imaginos urbanos. Bogotá y Sao Paulo, cultura y comunicación urbana en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

VALLEJO, Gustavo (2005). *Escenarios de la cultura científica: la ciudad universitaria de La Plata. Historia de un experimento controlado de la modernidad en Argentina (Tesis del Doctorado de Historia)*. La Plata: Fa.H.C.E., UNLP.

VARELA, Andrea (2003). *La ciudad. Un posible mapeo de la mirada*, en: SAINTOUT, Florencia (editora). *Abrir la comunicación. Tradición y movimiento en el campo académico*. Ediciones de Periodismo y Comunicación, UNLP.

WILLIAMS, Raymond (2001). *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.

YOUNG, James (2000). "Cuando las piedras hablan", en *Revista Puentes*, Año 1, Nº 1, agosto. La Plata: Comisión Provincial por la Memoria.